

# Un episodio universitario

# El año 66

Sergio García Ramírez

*Hace casi medio siglo, en tiempos de la rectoría del prominente médico Ignacio Chávez, la vida política de la Universidad Nacional conoció un episodio de presiones y violencia. El universitario, abogado y político Sergio García Ramírez rememora el contexto en el que se produjeron esos hechos y, a partir de su revisión crítica, demuestra cómo la máxima Casa de Estudios de la nación ha logrado superar con pujanza cualquier adversidad.*

Hace unas semanas se quiso, inútilmente, fracturar la paz de la Universidad Nacional Autónoma de México. No es novedad. La vida de la Universidad —dijo el ilustre rector Ignacio Chávez— “ha sido una lección permanente, reflejo fiel de la vida del país. Años de decadencia y de agonía, seguidos de un despertar pujante, capaz de todas las realizaciones”.

Hoy nos hallamos en una etapa laboriosa, tiempo de plenitud, en el que abundan las realizaciones. Hemos vivido, en general, ese “despertar pujante”. Pero la selva no lo tolera. Vuelve a la carga. Pretende sus antiguos territorios. El asedio reaparece, sin motivo que se vea ni razón que lo justifique.

En este contexto, recordaré un episodio que muchos universitarios vivimos, y que no pocos mexicanos padecieron —por sus manifestaciones y sus consecuencias— al lado de los universitarios. Estos hechos, en 1966, abrieron un oscuro rumbo. No sobra recordarlos en 2013, y mantener viva la memoria para lección y previsión. No podríamos “extraviar la memoria”, dejada en alguna vuelta del camino, cuando la necesitamos, con apremio, para cumplir el largo recorrido.

El asedio comenzó en la Facultad de Derecho, que aspiraba a la excelencia y se hallaba en el camino de lograrla, como toda la Universidad. Alarmados por la emer-

gencia, un grupo numeroso de profesores, veteranos y novicios como yo, resolvimos visitar al rector Chávez. Compartiríamos con él nuestros temores.

Chávez fue un magnífico rector. Hombre de gran cultura, médico sabio y prominente, respetado dentro y fuera del país, creador del Instituto de Cardiología que llevaría su nombre, impulsor del progreso y la excelencia académica, había luchado con firmeza por las mejores causas de la Universidad. Con firmeza y con éxito, hasta ese momento. En su tiempo creció el prestigio de la Universidad, conducida en la travesía por un estu-pendo capitán.

En la visita al rector, algunos profesores expusieron sus preocupaciones, su malestar, sus augurios. Había pesimismo, pero también decisión de resistir. Ofrecimos solidaridad. Pugnaríamos para mantener “siempre erguida” a la Facultad de Derecho, como acostumbran decir, ufanos, los alumnos y los maestros de ese plantel. Rechazaríamos a la gavilla que recorría el campus enardecido a los incautos y difamando el progreso académico. Impediríamos que cundiera el fuego en la pradera.

Chávez nos escuchó con aire amable y reflexivo. Cuando concluimos respondió con un mensaje tranquilizador. En el piso de la Torre de la Rectoría en el que nos encontrábamos se veía, desde la gran ventana

sobre la explanada, la vida regular de la Universidad. El rector, expositor persuasivo, se aproximó al ventanal. Agradeció la simpatía que aseguramos al director de la facultad, César Sepúlveda, y a él mismo. Recogió la solidaridad. Saludó la voluntad de lucha. Y nos disuadió de acudir a las trincheras. No era necesario. Extendió el brazo y acogió con un ademán la serenidad de la explanada. “Vean ustedes, profesores, lo que ocurre allá abajo, ante nuestros ojos. No hay vientos de guerra en la Universidad”.

En efecto, no soplaban vientos de guerra en la explanada. Los estudiantes circulaban tranquilamente, con absoluta normalidad. Ni grupos ni muchedumbres. Ni banderas desplegadas ni convocatorias a la rebelión. El campus era la imagen viva de la paz. Salimos de la reunión en silencio. ¿Estábamos viendo moros con tranchete? ¿Era errada, deficiente, nuestra información? Nos dispersamos.

Transcurrieron algunas semanas, muy pocas, entre aquella visita al rector y el día del desastre. En ese tiempo avanzó la andanada, que ningún escrúpulo frenaba. Los llamados a la cordura fueron desatendidos. Fracasaron los intentos de la administración y de muchos profesores e investigadores por detener la avalancha. No pocos alumnos, que intentaron contenerla, padecieron las consecuencias: más violencia.

Una mala tarde, el rector y los directores que lo acompañaban se vieron sitiados, atrapados, en la Torre de la Rectoría. No hubo forma de quebrar el asedio y alcanzar la salida. Los atacantes demandaban la renuncia del rector. Los funcionarios no cedieron. Las hordas insistían, apoderadas del recinto universitario.

Conforme avanzaba el tiempo crecía la animosidad de los asaltantes. Algunos directores recordaron el terrible episodio que vivió el doctor Salvador Zubirán, otro insigne rector, cuando un grupo iracundo quiso arrancarle la renuncia. No se podía permitir un atropello semejante. Carecía de sentido la resistencia de un puñado de académicos contra una multitud de porros. Estaba condenada al fracaso.

Cercado por el diluvio de amenazas, que fácilmente se cumplirían, el rector renunció. Salieron los sitiados, entre injurias y alaridos. Pero las dimisiones no libraron a la Universidad de sus captores. La turba había golpeado el espíritu de la institución. Por mucho tiempo quedó abierta la herida profunda. Transcurrieron varios años antes de que cerrara, si acaso cerró. Aun así, se conservaron el recuerdo y la advertencia.

Golpear a la Universidad Nacional Autónoma de México es violentar a la nación, trastornar los fines que le confieren sentido y naturaleza, privar al pueblo de su mejor instrumento de redención. La UNAM es el mascarón de proa de la educación pública superior y constituye un instrumento poderoso para establecer y realizar lo

que llamamos el “proyecto nacional”, en su mejor expresión. Las olas que baten el mascarón agitan la nave. Antes, ahora, siempre.

Quienes concibieron, desarrollaron, alentaron y ejecutaron la toma vandálica de la Universidad, no apenas de la Torre de la Rectoría, dañaron gravemente al país. Caída en una sima, la Universidad se oscureció. Las escuelas y facultades vivieron tiempos de crisis. Antiguas costumbres, que supusimos desterradas, volvieron por sus fueros. Los captores de la Universidad envilecieron los conceptos que enarbolaban, sin conocimiento ni probidad. En definitiva, padecieron la democracia y la libertad, agitadas como bandera con salvaje ademán.

Se replegó el pensamiento, medraron las corrientes reaccionarias que barrieron la nación, los pescadores en río revuelto reclamaron su cosecha: la juventud, que había quedado sin el amparo de su mejor custodio: la gran universidad pública, que ha velado por el país. Ése era el botín del alzamiento, consumado con violencia. La cultura se replegó en los institutos, que vivieron con cautela para que no los alcanzara el torrente. En el nuevo medievo, fueron monasterios que cuidaron el patrimonio de la Universidad, asilada en laboratorios y bibliotecas.

¡Fue grave el golpe de mano! Ésa es la verdadera subversión. Cuando esto sucede, el porvenir queda en peligro. No es posible perder de vista que la arremetida contra la Universidad Nacional Autónoma de México, ejecutada por maleantes, se dirigió contra una casa de cultura que había alimentado el desarrollo de México, fábrica de su inteligencia y de su progreso. El golpe la suplantó.

Todo eso ocurrió en 1966. No fue sólo la caída de Chávez y de su excelente equipo de profesores. Fue mucho más: una caída —pero no definitiva— de la Universidad, y un grave tropiezo para la nación. ¿Lo saben y lo quieren quienes hoy arremeten contra los edificios universitarios, aunque la andanada se dirige contra la propia Universidad, no sólo contra sus instalaciones?

Ha pasado cerca de medio siglo desde aquellos acontecimientos. La lección, sin embargo, es perdurable. No debe ser desatendida. Por supuesto, han variado las circunstancias. La República ha experimentado grandes cambios. La generación que vivió los hechos del 66 comienza a desaparecer. Millones de nuevos ciudadanos ocupan su lugar.

Son esos nuevos ciudadanos quienes observaron, con azoro, el espectáculo que ofrecieron las horas recientes a las que me referí. Y son ellos, por lo tanto, quienes deben volver la mirada hacia los hechos del pasado y evitar que las mismas pasiones, los mismos desaciertos, la misma violencia ensombrezcan, con nuevas versiones, los hechos del porvenir. ¡No más! La Universidad ha iniciado su defensa. La Nación debe acompañarla. El perjuicio o el beneficio serán para ambas. **U**